

EL FUSILADO QUE HABLA

Al doctor Dante Bodo lo fusilaron en la puerta de su casa en una fría noche mercedina, el 10 de abril de 1976.

Sus asesinos fueron hasta el domicilio en un auto particular, que minutos antes le había sido secuestrado a una pareja de jóvenes por las denominadas fuerzas de seguridad nacional. Era un Ford Falcon de color lila, pintado a mano por don Funes, que de esta manera lo había convertido en un auto único y distintivo en toda la ciudad.

Sus ocupantes, Patricio y Mercedes, fueron obligados a tirarse al piso de la parte trasera y, así, amontonados de miedo, encañonados con una pistola calibre 22, escucharon, sufrieron y vivieron todo el procedimiento.

Un dato importante: Patricio estaba haciendo el servicio militar en la V Brigada Aérea. El personal que en ese momento estaba cambiando su historia con violencia, era el mismo que había compartido con él el mate cocido de las cinco de la mañana.

Él lo sabía porque con pánico los reconoció, ellos no.

Recuerdan que dieron muchas vueltas por la ciudad antes de llegar al objetivo, tratando de despistar a no saben qué fantasmas.

Finalmente llegaron a la calle San Juan Nº 23, en el Barrio San Martín (pienso: tantos santos para determinar un lugar criminal...). El Falcon apoyado por una estanciera que los seguía de cerca.

Patricio, boca abajo como estaba, trataba de reunir fuerzas para estirar su mano derecha, en un intento de calmar a Mercedes. Dice que transpiraba entero y que ella no dejaba de llorar mientras el sujeto que los apuntaba le pegaba en la cabeza con la punta de la pistola.

- ¡Callate si no querés ser la primera boleta de la noche! -dice que le decía.

Sintió que se meaba, y tuvo conciencia de la vergüenza que le causaba ese descontrol inaudito de su cuerpo. No miedo, sino vergüenza.

Lentamente, con cautela, logró asir la mano de Mercedes, y con el dedo pulgar comenzó a trazar círculos lentos y regulares sobre la palma de ella, recreando un viejo juego de reconciliación, un código secreto y tierno tan de ellos que siempre les traía calma en las tempestades.

Funcionó también esta vez. Dice que fue como una pausa, un lugar común y tibio, un refugio de minutos entre tanta orden gritada, tanto descontrol y odio, tanta puerta abierta a los golpes, tanto chirriar de cubiertas y olor a miedo.

Una frenada brusca y el descenso nervioso de los ocupantes de los dos móviles les indicó que habían llegado a destino.

Minutos de silencio tenso que contrastaban con el frenesí anterior. Una mano asesina que pulsa el timbre, una puerta que se abre y el infierno desatado.

Balas y olor a pólvora, gritos de rabia y otros de dolor, cuerpos que caen, muerte en el aire, en los huecos de las paredes de esa casa de barrio, pájaros de vuelan en la avenida a esa hora tan rara sobre los plátanos, tanto desconcierto anunciador de tiempos peores.

Acaso éste haya sido el aviso, el preaviso, el mal augurio.

Órdenes y escape a toda velocidad.

Por la radio que comunicaba los vehículos supieron del éxito de la misión, que la ciudad era “zona liberada”, que nadie iba a investigar el caso y que no habría comodoro, capitán ni alférez responsable de sus responsabilidades. También, con terror, escucharon los diferentes planes que con descaro hacían acerca de su vida o muerte.

Algunos de los milicos opinaban, sin más, que debían morir rápido y tirar sus cuerpos en algún baldío de la ciudad; otros que debían fusilarlos en el campo, donde las balas no alertaran tan pronto a los vecinos y les diera margen de maniobra.

Al escucharlos, Mercedes reanudó los llantos; el milico, los golpes; Patricio, su sobrehumano ejercicio de amor mientras su corazón rogaba, a algún Dios justo, que esto fuera sólo una pesadilla de la que pronto despertaría.

La transpiración que caía por su frente ya no le dejaba abrir los ojos, los músculos le producían un dolor tremendo que lo inmovilizaba. En su mundo sencillo, este horror no tenía antecedentes ni lugar, ningún dato que le indicara para dónde podía continuar esta carrera demencial por las calles de la ciudad, su ciudad tan querida, tan conocida, tan caminada, tan amable y protectora.

El fresco que entraba por las ventanillas, la oscuridad del recorrido y la velocidad del automóvil les indicó que habían decidido llevarlos hacia el campo.

Allí donde la ruta siete hace un primer desvío. Pasando la planta de YPF, un camino se abre hacia la izquierda, lleva el nombre de otro lamentable prócer de la historia argentina: Alsogaray. Es un paraje triste y desierto, aun más en aquellos años. Hacia él se dirigieron los vehículos, uno detrás del otro. Adentro, el temblor de dos vidas apiladas que presentían su final sangriento.

Dice que a los pocos kilómetros, comenzaron a aminorar la velocidad hasta parar definitivamente. Que los bajaron a empujones del auto, entre patadas, puteadas, gritos y amenazas. Que en ningún momento dejaron de apuntarlos a pesar de que no los miraban porque estaban demasiado nerviosos y preocupados decidiendo qué hacer con ellos.

Dice que consultaron por radio pero no escucharon la respuesta o, simplemente, no quisieron enterarse. A veces la ignorancia es más dulce que la verdad, la mentira más piadosa que la realidad. Los milicos se peleaban, se insultaban a los gritos, como si de pronto fueran enemigos asociados sólo para ese asesinato.

El asfalto reflejaba algunas estrellas, los montes de espinillos se adivinaban apenas, el aire puro entraba en sus pulmones a raudales, inundando esos pechos que presentían un pronto final. La vida era tan palpitante, tan efímera, tan próxima y fugaz como los autos que pasaban por la ruta, allá a lo lejos.

Dice que no se movían, abrazados, apretados, detenidos, intentando desaparecer, desaparecerse, desaparecidos para siempre de esas miradas furiosas.

De pronto uno de ellos se dio vuelta y a punta de pistola les gritó: “¡Corran, cabrones, corran!” Ellos, aturdidos pero liberados, miedosos pero esperanzados, empezaron una loca carrera a campo abierto, tomados de la mano.

Creen que gritaban mientras corrían. Creen que lloraban.

De pronto Patricio sintió los disparos tan claramente terminar en su espalda. Los impactos le sonaron fuertes y duros, tanto que trastabilló hasta caer.

Supo que ese calor insólito era el fuego que precedía la muerte. Sintió la sangre tibia escaparle del cuerpo, su cabeza dar vueltas sobre un remolino de dolor, en la cara, los hombros, la mano que apretaba a Mercedes que caía y volvía a ser levantada a la rastra por él que no se preguntaba ya nada, ni siquiera de dónde sacaba fuerzas para seguir y seguir.

Dice que el rastrojo de los sembrados les lastimaba los pies, que la muerte los perseguía como una luz mala.

Corrieron horas, cruzando campos oscuros y apenas trabajados, y en esa carrera no encontraron a nadie, sólo perros se sentían ladrar a lo lejos. Vieron todo el tiempo la ruta como una cinta iluminada en movimiento y también todo el tiempo evitaron acercarse a ella. Sin decir una palabra coincidían en pensar que la civilización que representaba ese camino, era ahora la muerte. Que las cartas estaban dadas de otra manera, que la risa podía ser de pronto mueca, que el orden de la noche era el asesinato, que lo seguro vacilaba, que todos los órdenes estaban trastocados. Mantenerse alejados y en la oscuridad era, de pronto, un refugio.

¿Cuántas horas corrieron? ¿Hacia dónde pensaban que iban?

De pronto cayó en la cuenta de que podía ver sus manos, y que la luz de la ruta no estaba por ningún lado. Era el amanecer y pensó que era injusto, muy injusto.

Sin decir una palabra se ocultaron al amparo de unos yuyos altos al costado de la ruta siete y, cuando no vieron autos, hicieron el intento de cruzar. La mano de ella lo detuvo:

- No doy más.
- Sí das más. -Y buscando fuerzas de donde no tenía, empezó a revisar su cuerpo y el de Mercedes.

Esa sangre mezclada y tan pegajosa que venía a teñirlo a él también de rojo. ¿Cómo respiraba si tenía huecos en la espalda? ¿cómo vivía todavía con tanta sangre vertida? ¿Dónde estaba la bocanada final de la muerte que aún no llegaba?

Las llagas en las manos lisas no están más, el dolor no es tanto, la sangre es sólo rasguños de las raíces de la tierra húmeda de la mañana.

Todo era un sueño, casi una mentira si no fuera por el miedo de vivir y de gritar, si no fuera porque él sabe, si no fuera porque el cuerpo de Dante cae y cae, una y otra vez, sobre la vereda amarilla, frente a sus ojos. Sin saber su nombre cae y rebota, sin saber su estado, su rutina militante, su amor por las tonadas y el vino tinto, sus noches entre amigos, sus acaloradas discusiones hasta el amanecer. Sin saber nada de eso, desaparece el hombre de su vista, los anteojos rotos sobre el asfalto. Nada está en su lugar, ni las manos de su novia, ni las heridas profundas, ni la muerte próxima.

Permanece sólo esa cinta azul cruzando la tierra que ahora se ve tan nítida y de pronto tan segura. Por fin una certeza y Fabricarne a lo lejos, cruzando otro campo.

Un lugar tan conocido, amigos que recuerda trabajan allí. Luces, humo, policías en la guardia y un teléfono que suena al otro extremo del mundo, en la comisaría más cercana de la ciudad.

Una voz desconcertada del otro lado que por primera vez dice 'operativo'; un 'masculino' y una 'femenina'; 'vivos'; 'llesos'. 'Saben'.

Sus hijas hoy se preguntan cómo y por qué sobrevivieron.

Y a pesar de que muchos callan, ellos en Agosto de 2007, por primera vez vuelven a esa noche y ante la débil justicia, cuentan la verdad.